

ñorío que le había dado sobre las fortalezas que conquistára, le privó hasta de las posesiones de su propiedad, é hizo poner en prision á su esposa y sus hijos. Noticioso de tan duras medidas, despachó el Cid uno de sus caballeros para que le justificára ante el rey Alfonso ofreciendo probar su inocencia en duelo judicial. Desoyó el monarca la proposicion. Devolvióle, no obstante, la esposa y los hijos prisioneros, mas no satisfecho con esto el Cid, le envió cuatro justificaciones, cada una en términos diferentes: nada bastó á ablandar el ánimo del injustamente enojado monarca.

Volvió entonces el Campeador á guerrear por su cuenta. Desde Elche donde se hallaba partió siguiendo la costa. En pocos dias rindió la guarnicion de Polop, donde se apoderó de una cueva en que habia custodiado un tesoro de inmensas riquezas en dinero y en telas preciosísimas. Pasó el invierno en las inmediaciones de Denia. Desde Orihuela hasta Játiva no dejó un solo muro en pie. El botin vendíalo en Valencia con arreglo al trato hecho con Alkadir. Marchó despues con todo su ejército contra Tortosa, taló la comarca y se apoderó de Mora. Su antiguo enemigo Al Mondhir, rey de aquella tierra, acudió de nuevo á Berenguer de Barcelona, suplicándole le ayudára á desembarazarse del importuno guerrero castellano. Berenguer que deseaba tambien vengar las humillaciones que había recibido del Cid, púsose con grande

ejército sobre Calamocha, y aun logró hacer entrar en la confederacion al rey de Zaragoza Almostain. Eran ya tres príncipes, dos musulmanes y uno cristiano, conjurados contra Rodrigo solo, y sin embargo, todavía quisieron comprometer al rey de Castilla á que los ayudára á humillar al altivo y formidable castellano, lo cual no consiguieron.

Hallábase el Cid acampado en un valle circundado de altas montañas, cuando Almostain, que sin duda queria congraciarse con Rodrigo, le avisó que iba á ser atacado por el barcelonés. «Pues bien, le contestó en una carta el de Vivar, aquí le esperaré, y os ruego que le enseñeis esta carta.» Vivamente picado el de Barcelona escribióle á su vez diciendo que esperára su venganza; que si creia que él y los suyos eran mugeres, pronto le haria ver lo contrario; que si se atrevia al dia siguiente á dejar sus montañas y combatir en el llano, entonces le tendria por Rodrigo el guerrero, el Campeador, mas si lo rehusaba ó esquivaba le tendria solo por traidor y alevoso. A tales denuestos contestó sobre la marcha Rodrigo, haciéndole ver que no le intimidaban sus bravatas, y que si hasta entonces no le habia atacado agradeciéralo á la consideracion que habia querido guardar al rey Alfonso su soberano; pero que en la llanura le encontraria ⁽¹⁾. En su consecuencia, hizo el conde Beren-

(1) Gesta Comit. Barcin.—La página 486. Castilla y el mas famoso castellano,

guer ocupar de noche y con sigilo las montañas que se levantaban á espalda de los reales del Cid, y al rayar el alba se precipitaron los catalanes en el valle. El de Vivar que no estaba desprevenido, salió impetuosamente á su encuentro y arrolló la vanguardia de Berenguer, si bien el Cid cayó herido del caballo en términos de no poder pelear. Pero sus intrépidos y leales castellanos prosiguieron combatiendo tan briosamente, que despues de hacer grande mortandad en los catalanes condujeron prisionero al pabellon de Rodrigo al conde Berenguer con varios otros nobles catalanes y cinco mil soldados mas.

Humillado y confuso el conde, fué al principio duro y ásperamente tratado por su vencedor, que ni siquiera le permitió tomar asiento á su lado en la tienda. Mandó que le tuvieran bien custodiado fuera del recinto de los reales, pero que ni al ilustre prisionero ni á los suyos les escaseáran la despensa. Inútil era el obsequio para quien con el disgusto y el bochorno de la derrota estaba mas para pensar en lo amargo y desabrido de su suerte que en lo sabroso y dulce de la vianda ⁽¹⁾. Dolióse al fin el Cid de la pe-

(1) Esta escena de la comida está pintada en el Poema con una sencillez ruda y enérgica, al pro-

A Mio Cid Don Rodrigo grant cocinal adobaban:
El Conde Don Remout non gelo presia nada.
Adiscenle los comeres, delante gelos paraban:
El non lo quiere comer, á todos los rasonaba.
«No combré un bocado por quanto ha en toda España:

sadumbre del barcelonés, y dióle libertad á los pocos dias, como ya en otra ocasion lo habia hecho, no sin recibir ahora por premio del rescate la enorme suma de ochenta mil marcos de oro de Valencia. Los demas prisioneros ofrecieron tambien por el suyo crecidas cantidades, y bajo palabra de aprontarlas se les permitió ir á sus tierras: cumplieronlo ellos, volviendo cada cual con la suma que le correspondia, y como algunos no hubiesen podido reunir la, llevaban sus hijos ó sus padres en rehenes hasta satisfacer el resto. Admirado el Cid y aun enternecido de tanta lealtad, quiso corresponder á ella generosamente y declaró á todos libres sin rescate alguno.

Despues de esta victoria, llamada de Tobar del Pinar, el Cid estuvo algun tiempo enfermo en Daroca, desde cuyo punto envió mensageros al rey de Zaragoza Almostain, y como se hallase con él en esta ciudad el vencido y rescatado conde de Barcelona, envió á decir á Rodrigo por los mismos mensageros

Antes perderé el cuerpo é dexaré el alma,
Pues que tales malcalzados me vencieron de batalla.»
Mio Cid Ruy Diaz odredes lo que dixo:
«Comed, Conde, deste pan é bebed deste vino:
Si lo que digo ficiéredes, saldredes de cativo:
Simon en todos vuestros dias non veredes Christianismo.....»
Quando está oyó el conde yas iba alegrando:
«Si lo ficiéredes, Cid, lo que avedes fablado,
Tanto quanto yo viva dende seré maravillado.»
—«Pues comed, conde, é quando fueres yantado,
A vos é á otros dos darvos he de mano....»
Alegre es el conde, é pidió agua á las manos....
«Del día que fui Conde, non yanté tan de buen grado,
El sabor que dende he non será olvidado....»
Dánle tres palafres muy bien ensellados... etc.

que deseaba ser su amigo y valedor. Despreció al pronto el Cid rudamente la oferta, y solo á instancias de sus compañeros de armas que le expusieron no ser acreedor á tan tenaz encono quien tanto se humillaba despues de vencido y despojado, consintió en aceptar la alianza de Berenguer, el cual pasó alegre y contento á darle las gracias, y poniendo una parte de sus dominios bajo la proteccion del de Vivar, bajaron juntos hácia la costa, y acampando el Cid en Burriana, tomó Berenguer la vuelta de Barcelona.

La derrota del conde Berenguer causó tal pesadumbre á su aliado Al Mondhir el de Tortosa, que de ella enfermó y murió al poco tiempo, dejando un hijo de corta edad bajo la tutela de los Beni-Betyr, de los cuales el uno gobernó á Tortosa, el otro á Játiva y el tercero á Denia. Comprendieron estos la necesidad de aliarse con el Cid, y obtuviéronlo á costa de un tributo anual de cincuenta mil dinares. De modo que en aquel tiempo cobraba el Campeador, ademas de estos cincuenta mil dinares, y de los doce mil que le pagaba el de Valencia, otros diez mil del señor de Albarracin, diez mil del de Alpuente, seis mil del de Múrviedro, seis mil del de Segorbe, cuatro mil del de Jérica, y tres mil del de Almenara. Con tales riquezas y tales tributos no debia apesadumbrarle mucho que Alfonso le hubiera despojado de sus estados y bienes.

Sitiaba Rodrigo á Liria en 1092, cuando recibió

cartas de la reina Constanza de Castilla y de sus amigos en que le rogaban diese ayuda y mano á Alfonso en la expedicion que preparaba á Andalucía contra los Almoravides, asegurándole que así volveria á entrar en la gracia de su rey. Galante el Cid y obsecuente á la voz de su soberana, dejó á Liria cuando estaba á punto de rendirse y se incorporó al ejército expedicionario de Castilla. Mas como Alfonso sentase su campo en las montañas de Granada, y el Cid para protegerle avanzára al llano de la vega, vió en esto el monarca castellano, siempre receloso del Cid, un rasgo de personal presuncion, que los envidiosos cortesanos no se descuidaron tampoco en representar como tal; así cuando volvian á Toledo, no bien tratados por los africanos, al paso por Ubeda dirigió el rey á Rodrigo palabras ásperas y de enojo, y aun dejó entrever su intencion de arrestarle. Calló el Cid y disimuló; mas durante la noche levantó su campo y se volvió á tierra de Valencia. Muchos de los suyos se quedaron entonces en las banderas de Alfonso.

Nada, sin embargo, arredraba al Campeador. Cuando llegó á Valencia, el rey Alkadir padecía una grave enfermedad, y el Cid era quien de hecho dominaba allí. Pero hallábase mal Rodrigo con el reposo. Salió, pues, para Morella, y cuando de aquí se dirigia á atacar á Borja, recibió aviso de Almostain el de Zaragoza que le rogaba le amparase contra Sancho Ramirez de Aragon que se iba apoderando de sus

dominios. Mudó el Cid de rumbo y se fué á Zaragoza. Costóle al aragonés, si quiso evitar el venir á las manos con el Campeador, solicitar un acomodamiento con él, que el Cid aceptó á condicion de que no molestá-ra mas á Almostain. Sancho regresó á sus estados, y el Cid se quedó en Zaragoza.

Habia aprovechado el rey Alfonso la ausencia de Rodrigo para sitiar á Valencia, de acuerdo con los genoveses y pisanos que con sus naves le habian de apoyar por la parte del mar. Desgraciadamente ocurrieron entre los sitiadores desavenencias que obligaron á Alfonso á volverse á Castilla. El Cid en tanto habíase dirigido á la Rioja, y apoderándose de Albrite, de Logroño y de Alfaro. Hallábase en esta última fortaleza, cuando el conde gobernador de Nájera Garcia Ordoñez le envió unos mensajeros para intimarle que permaneciera allí siete dias solamente, al cabo de los cuales se veria con él en batalla. Contestóle el Cid que quedaba esperándole; pero en vano aguardó los siete dias que su retador deseaba. El conde Ordoñez, despues que hubo juntado su ejército, volvióse desde el camino sin atreverse á medir sus armas con las del Campeador, el cual acabando de talar aquellos campos, tomó otra vez la vuelta de Zaragoza.

Entretanto habian ocurrido en Valencia sucesos de la mayor gravedad. Los Almoravides se habian apoderado de Murcia, de Denia, y despues de Alci-

ra. Esto y la ausencia del Cid habian alentado al traidor cadí de Valencia Ben Gehaf para intentar sentarse en el trono del débil Alkadir: movió un alboroto en el pueblo, y facilitó la entrada á los Almoravides. El desventurado Alkadir, invadido su palacio, salió vestido de muger y se cobijó en una casita entre sus mismas concubinas. Allí le alcanzó el puñal de un asesino, y apoderado de su cadáver el cadí revolucionario Ben Gehaf, cortóle la cabeza que arrojó á un estanque, y el tronco de su inanimado cuerpo fué al dia siguiente enterrado en un foso fuera de la ciudad sin un lienzo siquiera que le cubriese. Tal fué el desastroso fin (noviembre de 1092) del desgraciado Alkadir ben Dilnúm, á quien Alfonso VI. habia lanzado en 1085 de Toledo, donde tantos beneficios habia recibido de su padre cuando era un príncipe desterrado y prófugo. El usurpador cadí paseábase orgulloso por las calles de Valencia con toda la pompa y aparato de un rey. Sin embargo, nadie le daba el título de tal, y Valencia se gobernaba á modo de república por un senado compuesto de los ciudadanos mas respetables, del mismo modo que Córdoba cuando se extinguió la dinastía de los Beni-Omeyas.

Los partidarios del monarca asesinado avisaron de todo al Cid Campeador, que desde Zaragoza acudió presuroso á las inmediaciones de Valencia. Uniéronsele todos los fugitivos y descontentos de la ciudad.

Escribió Rodrigo al rebelde cadí reprendiéndole su comportamiento y reclamando imperiosamente el trigo que había dejado en los graneros de Valencia. Contestóle Ben Gehaf que el trigo había sido robado, y que la ciudad se hallaba en poder de los Almoravides. Indignó al altivo castellano aquella carta, trató al cadí de malvado y de imbécil, y le conminó con constituirse en vengador del asesinado Alkadir. Escribió á todos los gobernadores comarcanos, y á todos los hizo ó tributarios, ó vasallos, ó auxiliares. Dos veces al dia enviaba el Cid sus *algaras* al territorio valenciano: hombres, ganados, todo lo arrebatában los soldados de Rodrigo, respetando solo á los labradores y habitantes de la Huerta, á quienes mandaba respetar y aun tratar con dulzura para que se dedicáran libremente á sus faenas. Ya en lugar de dos, hacía tres *algaras* diarias, una á la mañana, otra al medio dia y otra á la tarde, no dejando un instante de reposo á los valencianos. Incapaces de rechazar sus ataques los trescientos ginetes que Ben Gehaf mantenía con el trigo que había pertenecido al Cid, iban menguando cada dia diezmados por las espadas castellanas. Una parte de los tesoros de Alkadir que Ben Gehaf enviaba al general almoravide que se hallaba en Denia, cayó en manos de Rodrigo.

Dueño ya éste de todos los fuertes de la comarca, avanzó con todo su ejército á estrechar de cerca la ciudad. Hizo quemar todos los pueblos de la circun-

ferencia, los molinos, las barcas del Guadalaviar, las torres, las casas y las mieses de la campiña. A los pocos dias atacó y tomó el arrabal de Villanueva, con gran mortandad de moros y Almoravides. Al siguiente se posesionó de la Alcudia, y las tropas cristianas escalaron una parte del muro de la ciudad. Acudió innumerable morisma en su defensa, y empeñóse largo y recio combate hasta que los moros pidieron á voz en grito la paz. Otorgóse la paz al Cid á los del arrabal á condicion de que mantuvieran sus tropas, y quedó tranquilo poseedor de la Alcudia encargando mucho á sus soldados que respetáran las personas y las propiedades de sus moradores. Cada vez mas estrechados los valencianos, ya no sabian qué partido tomar. Congregados por último valencianos y Almoravides acordaron pedir la paz al Campeador con las condiciones que él quisiera dictarles. Respondióles el Cid que las pusieran ellos, con tal que entrara en la estipulacion que se alejasen los Almoravides. Cuando se les comunicó esta respuesta exclamaron los africanos: «Jamás hemos tenido un dia mas feliz.» Concertóse, pues, que los Almoravides saldrían de la ciudad; que Ben Gehaf pagaria á Rodrigo el valor del trigo de que se había apoderado, con más diez mil dinares mensuales y todo lo atrasado, y que éste podría tener su ejército en Cebolla, fortaleza que él había conquistado y puesto en formidable estado de defensa. A ella se retiró el Cid con arreglo al tratado,

si bien conservando los arrabales, donde dejó un almoxarife encargado de cobrar el tributo.

Nuevas complicaciones vinieron á poner á prueba el valor, la serenidad, la astucia y la política del Cid. Los Almoravides, vencedores en el resto de España, se aproximaban á Valencia. Eran la única esperanza de los valencianos, y contando ya con su apoyo hicieron que el mismo Ben Gehaf, antes tan humillado y abatido, declarára la guerra al Campeador, pues de otro modo lo hubieran hecho los Benitahir sus rivales que dominaban en Valencia. Llegaron una noche los valencianos á divisar desde las torres de la ciudad las hogueras del campamento de los Almoravides que avanzaban por la parte de Játiva, y regocijábanlos ya la esperanza de verlos al siguiente día atacar las tropas de Rodrigo, cuyo momento aguardaban para salir ellos y consumir la derrota. ¡Vanas ilusiones! El de Vivar que los esperaba á pie firme, habia hecho destruir los puentes del Guadalaviar é inundar la planicie, de suerte que solo por una estrecha garganta se podia entrar en su campo. Los elementos vinieron tambien en su ayuda: aquella noche se desgajó á torrentes el agua del cielo: los hombres no recordaban una lluvia tan copiosa: los caminos se pusieron intransitables: á las nueve de la mañana un mensajero llegó á Valencia á anunciar que los Almoravides habian retrocedido. Los que se aproximaron fueron los cristianos, que

desde el pie de la muralla se burlaban de los de la ciudad; el Cid la hizo cercar por todas partes; las subsistencias iban escaseando dentro y subian de precio cada día, mientras los sitiadores tenian víveres en abundancia. Anuncióse que los Almoravides habian tomado la vuelta de Africa, y los gobernadores de los castillos se apresuraban á implorar humildemente la alianza y la protección del Cid (1093). Un poeta valenciano de los sitiados espresó entonces la angustia de su situacion en la siguiente elegía que traducida del árabe nos conservó la *Crónica general*.

¡Valencia, Valencia! vinieron sobre tí muchos quebrantos, é estás en hora de morir: pues si ventura fuere que tú escapes, esto será gran maravilla á quien quier que te viere.—E si Dios hizo merced á algun logar, tenga por bien de lo facer á tí, ca fueste nombrada alegría é solaz en que todos los moros folgaban, é avien sabor é placer.—E si Dios quisier que de todo en todo te hayas de perder desta vez, será por los tus grandes pecados é por los tus grandes atrevimientos que oviste con tu soberbia.—Las primeras cuatro piedras caudales sobre que tu foeste formada, quiérense ayuntar por facer gran duelo por tí é non pueden.—El tu muy noble muro, que sobre estas cuatro piedras fué levantado, ya se estremece todo, é quiere caer, ca perdido ha la fuerza que avie.—Las tus muy altas torres, é muy fermosas, que de lejos parecien é confortaban los corazones del pueblo, poco á poco se van cayendo.—Las tus brancas almenas, que de lejos muy bien relumbraban, perdido han la su lealtad con que bien parecien al rayo del sol.—El tu muy noble rio caudal Guadalaviar, con todas las otras aguas de que te tú muy bien servies, salido es de madre é va onde non debe.—Las tu muy nobres é vi-

ciosas bueltas que en derredor de ti son, el lobo rabioso les cavó las raíces é non pueden dar fructo.—Los tus muy nobres prados en que muy fermosas flores é muchas avie, con que tomaba el tu pueblo muy grande alegría, todos son ya secos.

—El tu gran término, de que tú te llamavas señora, los fuegos lo han quemado, é á tí llegan los grandes fumos.—A la tu gran enfermedad non le puedo fallar melezina, é los físicos son ya desesperados de te nunca poder sanar.—Valencia, Valencia, todas estas cosas que te he dichas é tí, con gran quebranto que yo tengo en el mi corazon, las dixé é las razoné.

Culpábanse los de dentro unos á otros, y el pueblo, inconstante en sus pasiones, tan pronto acriminaba á Ben Gehaf, tan pronto se irritaba contra los Beni-Tahir. El hambre comenzaba á hacer estragos: hacíalos también la discordia. El furor popular descargó entonces sobre los Beni-Tahir; púsose fuego á la casa en que se habían ocultado; prendiéronlos y los entregaron al Cid. Indignáronse sus partidarios, y ardían en deseos de venganza. Ben Gehaf solicitó una entrevista con Rodrigo; concediósele ésta, y entre otras humillantes condiciones á que accedió el apurado cadí, fué una que entregaría en rehenes al castellano su propio hijo. Mas por la noche reflexionó sobre su imprudencia, y al día siguiente escribió al Cid diciéndole que antes perdería la vida que entregar su hijo. Contestóle el Cid con una carta amenazadora, y las hostilidades se renovaron. Estaban los cristianos tan cerca de la ciudad, que arrojaban piedras á mano sobre ella. El hambre hacía cada día mas estragos: ya

no se vendía el trigo por cahices ni por fanegas, sino por libras y por onzas: las bestias de carga se consumían, y se devoraban los animales inmundos ⁽¹⁾. Se registraban los sumideros para buscar el desperdicio y el rampojo de la uva. Las mugeres y los muchachos atisvaban el momento en que se abría una puerta de la ciudad para lanzarse fuera y entregarse á los cristianos, los cuales solían venderlos á los moros de la Alcudia por un pan ó un jarro de vino, y aquellos desgraciados estaban tan transidos de hambre, que luego que tomaban alimento se morían.

En tal estreñidad, Ben Gehaf y las personas acomodadas que aun no querían rendirse, acordaron implorar el auxilio del rey de Zaragoza Almostain, el cual no atreviéndose á romper con el Cid, no hacía sino entretener con moratorias y buenas palabras, á los de Valencia, y enviar alternativamente mensajes á Rodrigo y á Ben Gehaf. Entretanto se habían ido consumiendo los poquísimos víveres que quedaban ⁽²⁾. Alimentábase ya de cadáveres la gente pobre: llegaba la estenuacion en muchos al punto de caerse muertos andando: ya no tenían fuerzas para precipitarse de las murallas y entregarse á los cristia-

(1) «E tornáronse á comer los perros é los gatos é los mures.» El autor árabe, del *Kitábo' l-iktifá* asegura que un ratón costaba un dinar (p. 25). Ibn Bassan dice también que «el hambre y la miseria obligaron á los valencianos á comer animales inmundos.»

(2) La Crónica general da cuenta de las tarifas que iban teniendo los artículos de consumo segun que se iba prolongando el sitio. Baste decir que la medida de trigo fué subiendo desde un dinar hasta 100, y así lo demas.